

Preámbulo. De las colectivas feministas hacia (nuevas) circulaciones entre (algunas) juventudes y violencias en México y otros países latinoamericanos

Friedhelm Schmidt-Welle

Ibero-Amerikanisches Institut, Berlin, Alemania

schmidt-welle@iai.spk-berlin.de

Mauricio Zabalgoitia Herrera

Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación,

Universidad Nacional Autónoma de México

mauriciozabalgoitia@filos.unam.mx

El punto de vista que a la vez anima y provoca la lectura y encuadre de algunas juventudes y violencias que se abordan en este libro parte del activismo, la organización y los movimientos de mujeres jóvenes y estudiantes organizadas en México, Chile, Argentina, Perú, Colombia y en otras tantas latitudes latinoamericanas. Es decir, de eso que ahora se conoce como *colectivas* en el marco de los feminismos de la cuarta ola y que, sin duda, ha provocado espectros emocionales inéditos en cuanto a la relación que las juventudes establecen con las experiencias ligadas a las violencias.

Este preámbulo, sin pretender ser un estudio académico de las recientes protestas feministas ni un repaso completo por la geografía latinoamericana y la diversidad de formas de su organización, busca situar en el estudio interdisciplinario de la relación entre juventudes y violencias algunas de las acciones, sentidos y afectos que surgen de la confluencia entre teoría e investigación feminista y activismo de las jóvenes. Con esto, la idea es recuperar esos innovadores marcos emocionales, identificados por autoras que abordan el caso de México y de su Universidad Nacional —la UNAM—, principalmente. Tal encuadre afectivo guarda estrecha relación con el cansancio de las mujeres ante la violencia que sufren en todos los niveles por el hecho de serlo, pero acaso sirve también como guía para comprender las tensiones y sentimientos que otras juventudes experimen-

tan, sea en colectividades, en la búsqueda de espacios de habla desde la precariedad o la migración, o a partir de experiencias que surgen de vivir desde lo popular nuevas relaciones subjetivas. Como se intenta mostrar en este preámbulo, los trabajos compilados comparten un interés por significar las vidas de las juventudes situadas en circuitos que operan desde el miedo, el odio y la incertidumbre, pero también desde la comunidad, la asociación y el cambio.

Al hablar de espectros y mapas emocionales, pensamos que desde los feminismos de las jóvenes se trazan rutas para pensarlos, junto con las herramientas tradicionales de análisis e interpretación, como expresiones destacadas de lo que hoy se conoce como giro emocional en las ciencias humanas y sociales. Es decir, queremos pensar el reciente *tsunami feminista* en la universidad como un quiebre, una enseñanza y una reorientación. A grandes rasgos, en *The Affective Turn* (2007), Patricia Ticineto Clough y Jean Halley expresan que, en la investigación, este giro refiere, sobre todo, a las capacidades corporales para afectar y ser afectadas. Así también, al aumento o la disminución de la posibilidad de los cuerpos para actuar, comprometerse, conectar e, incluso, autoafectarse. Estas relaciones dinámicas, a la vez productivas y en riesgo, se relacionan con el sentirse viva o vivo, es decir, con la vitalidad (2).

Por estas posibilidades parecen preguntar los capítulos que integran este esfuerzo colectivo, ya sea desde lo comunal o la compleja idea de lo individual, pero en movimientos que provocan siempre desplazamientos, acaso inéditos, desde jóvenes que *se viven* en el género y el sexo, en la educación, en los lindes y cruces de fronteras o en el crimen como identidad u opción de vida. Sara Ahmed (2015), a cuyo trabajo recurrimos para hilar una red de lectura entre los capítulos, al pensar la política de las emociones propone hablar de “economías afectivas” (31). Con esta muestra cómo es que los sentimientos no residen en los sujetos ni en los objetos, sino que son producto de la circulación (33). Tal posibilidad móvil, junto con la idea de que las emociones trabajan como figuras que *se pegan* —a cuerpos, discursos, cosas— para encubrir, revertir y vendar hace que preguntemos: ¿Cuáles son, entonces, algunas de estas economías emocionales que rotan *desde* y *contra* las violencias en algunas de las juventudes vivas? ¿Y cómo es que circulan, revelando tensiones, mensajes, vínculos y espectros que van de la rabia a la esperanza, como ha sucedido con las jóvenes colectivas feministas de estudiantes?

I. Las colectivas: del feminismo a la violencia sexista y sexual en las universidades

Con la experiencia política de mujeres feministas a lo largo del planeta en el siglo pasado como antecedente vital, los recientes grupos de jóvenes mujeres estudiantes se nutren de *valiosas enseñanzas*, destacándose la consideración de que *lo personal es político*. Con esto construyen en el ahora un “vigoroso movimiento feminista”, propone Araceli Mingo (2020: 11). Desde aquellos *pequeños grupos* o *grupos de conciencia*, entre otras muchas cuestiones problemáticas derivadas de la diferencia sexual, por lo menos desde los años sesenta del siglo pasado asociaciones de mujeres ponen su mirada sobre prácticas irritantes, como la desigual división del trabajo y las tareas domésticas o la violencia sexual. En general, se trata de hacer visible el desbalance de poder en todos los ámbitos de la vida. En estos espacios no solo miran hacia los movimientos obreros, laborales, culturales o políticos, sino que transforman la vida académica y de las universidades, por ejemplo, incorporando el género como categoría crítica y central, a partir de trabajos fundacionales como los de Joan W. Scott o Gayle Rubin. Al provocar un desplazamiento profundo en las bases epistémicas, ontológicas y científicas —cuyos efectos aún sorprenden por la vitalidad de los nuevos caminos que abren—, a la vez confeccionan teorías y metodologías para visibilizar, nombrar y medir la desigualdad y las violencias, así como el sexismo cotidiano y estructural y sus consecuencias.

La *consciousness raising* que emana de la historia de las diversas agrupaciones de mujeres a lo largo del siglo xx se revela ahora como un mensaje con resonancia a largo plazo, pues sus formas nuevas de hacer política retumban en las experiencias de las jóvenes del ahora, las cuales se agrupan en las autodenominadas *colectivas* (Mingo, 2020: 14). Centrar la atención en lo personal y privado, evadiendo así el blindaje que otorga un conveniente acuerdo que el proyecto moderno realiza para borrar *el problema de los sexos* y el de las mujeres, provoca que generaciones concatenadas terminen por configurar estrategias y lugares de habla, así como esos marcos emocionales inéditos. Hacia finales de la segunda década del siglo xxi, en distintas universidades y ciudades de América Latina, las mujeres salen a las calles y detienen facultades para decir “¡Basta!”. Con esto dan una vuelta de tuerca más a la política de lo personal, proponiendo situar en las narices del mundo el adjetivo “¡Juntas!”.

Estos movimientos y protestas, cuyo inicio en Latinoamérica se ha identificado entre 2014 y 2016, han sido abordados en diversos estudios

en cuanto a sus inicios y desarrollo, en los efectos estructurales que han tenido en las instituciones, pero también en términos de transformaciones subjetivas y emocionales que han derivado en formas particulares de activismo y acción política. Araceli Mingo y Hortensia Moreno (2019) rastrean tanto los afectos como los efectos del hartazgo que provoca en estudiantes universitarias la violencia sexista cifrada en prácticas que operan a partir del significado que se le otorga a “la valoración desigual de hombres y mujeres”, por una parte, y a la “dinámica libidinal”, por otra, que se sitúa en “el corazón del sexismo” (14). Con esto, miran la conjunción de sexismo¹ con violencia cifrada de manera particular en el acoso sexual en las universidades. Este, así, se revela como una forma invisibilizada por su normalización, pero que, al tener una altísima incidencia y multiplicidad de expresiones, desde el malestar e irritación de las jóvenes se sitúa como el punto central de su *emotividad feminista*, pensamos. Es de este modo que se vislumbra el rol de estas movilizaciones en el trastocamiento de la cultura dominante; es decir, ese que (aún) posiciona a las mujeres como inferiores a los hombres (14).

En un marco amplio y transnacional, el cansancio de las jóvenes es cartografiado a partir de la Marcha de las Putas, organizada en 2011 por estudiantes de la Universidad de York, en Toronto, como reacción al comentario de un oficial de policía a un grupo de alumnas. Este les dijo que, si no querían ser agredidas sexualmente, no debían “vestirse como putas”. Esta movilización tuvo un alcance mundial, teniendo réplicas en México bajo el lema “No es no” (Mingo y Moreno, 2019: 15). Con la violencia machista y el feminicidio como puntos centrales, desde el 2015 surge el movimiento Ni Una Menos² en distintos países de América Latina. En 2016, en México, las autoras recuerdan las más de cuarenta marchas bajo el lema “Vivas nos queremos”, en las cuales miles de mujeres manifestaron su hartazgo y rabia acumulada en contra de la violencia estructural, cultural e institucional (Lamas en Mingo y Moreno, 2019: 15).

1 Es importante remarcar, en la línea de investigación de estas autoras, que el sexismo se define como una serie de actos performativos de género (Mingo y Moreno, 2019), es decir, “expresiones variadas de la violencia que está en la raíz de las relaciones jerárquicas instituidas entre los sexos y dispositivos de poder con que se pretende mantener el orden en las interacciones cotidianas” (14).

2 Frase de Susana Chávez Castillo, poeta mexicana asesinada por su activismo (Mendizábal y Bonino en Mingo y Moreno, 2019: 15).

Con resonancia planetaria, en 2017 el movimiento #MeToo se viraliza mediante una serie de denuncias con nombre y apellido por hostigamiento, abuso o violación. Esta movilización digital sin precedentes surge de los señalamientos a Harvey Weinstein, productor de Hollywood, cuyo caso marca un partearguas no solo en términos de las vías alternativas de denuncia que se gestan desde lo digital, sino en cuanto a nuevas emociones y redes que tejen y unen a los feminismos. Se trata de “un cambio social de magnitud insospechada” (Mingo y Moreno, 2019: 26) que surge, sobre todo, del malestar, cansancio, repudio y rabia en relación con la vigencia y constancia de formas sexistas por parte de compañeros, docentes y personal de la universidad. Las autoras cierran con el Manifiesto 8M en España, a partir del cual se convoca una huelga general para el 8 de marzo de 2018. En alrededor de ciento veinte ciudades más de cinco millones de mujeres demandando la posibilidad de moverse en libertad en todos los espacios y a todas horas (15).

Esta suma de acciones termina por configurar un mapa de colectivas emocionales que desnuda el desprecio y deseo de los que las mujeres son objeto hacia la enunciación de ese “¡Juntas!” en el cual ellas son agentes. Entre los logros palpables destaca “la definición de conductas (sexismo, violencia, acoso, homofobia, discriminación, etcétera) y su catalogación como infracciones” (Mingo y Moreno, 2019: 15) en protocolos y códigos de conducta, pero también en instrumentos de mucha mayor incidencia, como el Estatuto General que en la UNAM es modificado en su artículo 98, fracción III, agregándose sanciones por violencia de género. De este modo, circulan nuevos lenguajes, provocando *performances* con incidencia planetaria como “El violador eres tú” (2019) (cfr. Mingo, 2020; Cerva, 2020). Se trata de un activismo conectado globalmente por la ocupación de las mujeres de los medios digitales y que en México, Chile y Argentina tiene especial reverberación (Cerva, 2020; Di Napoli, 2021).

II. Las colectivas de mujeres organizadas en la UNAM

En México, desde el 2014, mujeres estudiantes comienzan a organizarse conformando grupos de colectivas. En septiembre de 2016 cerca de cien alumnas, quienes conforman el movimiento #NosotrasPorNosotras, realizan una marcha en la Ciudad Universitaria de la UNAM. En esta manifestaron su desacuerdo por la adhesión de la Universidad a la campaña HeForShe de ONU-Mujeres, pues se percibió como reforzadora de

la idea de que las mujeres no pueden cuidarse solas y de que dependen de los hombres para resolver sus problemas. Esta y otras actividades tuvieron como base la denuncia del sexismo y el efecto de descalificación y desprecio hacia las mujeres que desde ahí se pone en marcha para invalidar sus formas. Para las alumnas, tal desacreditación —y criminalización de las protestas, por ejemplo, mediante la legitimidad del uso de cierta violencia (Cerva, 2021)— busca convertir el movimiento en algo peligroso —el apunte a un mundo caótico (Mingo y Moreno, 2019: 22)— con la finalidad de negar y ocultar esas estructuras vigentes de violencia tanto en las Instituciones de Educación Superior (IES) como en el seno de la lógica social (22). Tales formas de denuncia incluyen, como se ha visto, marchas y manifestaciones masivas, pero también vía alternativas, dinámicas y originales, como pintas, escraches y *performances* en los que los testimonios e historias personales tanto se validan como se insertan en un tejido que no puede ya ignorarse. De acuerdo con Ahmed (2015), se trata de “emociones pegajosas” (45) que no solo reorientan a otros ámbitos, en este caso de las jóvenes —fuera de las universidades; en los universos digitales—, sino que también *despegan* los sentimientos que encubren con cinismo histórico las normas sociales que invisten, subordinan y revictimizan.

El caso más destacado de un derroche emocional *antiadherente* sería el de los *tendederos*; convocatorias físicas y digitales³ cuya incidencia rebasa los muros de las universidades. En estos se anima a que compañeras compartan historias y testimonios de hostigamiento, acoso, abuso o violación, pero también conductas reiterativas —en compañeros, docentes o personal administrativo— de formas cotidianas de sexismo. Como precisa Pablo di Napoli (2021), los tenderos públicos o “muros de la vergüenza” se suman a otras estrategias para denunciar casos de violencia, como los escraches a acosadores. Estos últimos alcanzaron una incidencia notable en *las redes*, pues el subgénero de denuncia que se configura *in situ* implica contar qué tipo de violencia sexista y sexual habían vivido; en qué situación, momento o interacción formal o informal dentro de la experiencia educativa, y, lo

3 El activismo feminista, con un pie en las instituciones y otro en *las redes*, durante el confinamiento encontró en la vida digital los medios para subsistir, reforzando estrategias, por ejemplo, de visibilización de formas específicas de violencia, como son aquellas que acontecen en las aulas virtuales —mediante plataformas como Zoom—. Estas acciones permitieron evidenciar prácticas que antes permanecían bajo los muros del salón de clase. En 2020, dos casos de violencia verbal sexual fueron dados a conocer mediante el ciberactivismo, los dos proferidos por docentes varones de licenciaturas de la UNAM. Ambos fueron retirados de las asignaturas.

que es más, imágenes, nombres y apellidos de los aludidos. En este ámbito, la fuerza de las colectivas se reorienta con casos funestos de feminicidio a estudiantes en 2017, como el de Lesvy Berlín Rivera Osorio en la UNAM⁴ y el de Mara Fernanda Castillo en Puebla.⁵

En esta vorágine de actos y efectos, muchas estudiantes transitan hacia un feminismo que a los ojos de la sociedad provoca reacciones de repudio e indignación, pero, por ello mismo, crea canales novedosos de articulación en términos de impacto (Mingo, 2020). En esta última oleada de mujeres en lucha, ya no solo hay manifestaciones proderechos e igualdad o estrategias para conquistar y reforzar lugares y hablas, como en el caso de mujeres lesbianas, negras, latinas e indígenas, sino para poner en primer plano esos malestares que generan las expresiones diarias —y complejas— de violencia sexista y sexual. Con esto, la organización estudiantil que derivó en la Asamblea Feminista (AF) de la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL), no la única en la UNAM ni en México, pero sí una de las más notorias a ojos nacionales, surge como un grupo exclusivo de mujeres que reaccionan al lugar desaventajado y desacreditado que históricamente han vivido en la propia política estudiantil (Mingo, 2020: 15). ¿Qué significó el bloquear la participación de los compañeros en esas primeras asambleas? Algo más que crítica y rabia por parte de los varones, pues, bajo el foco de intensificación mediática y social de señalamiento, se dijo que estaban exagerando, que estaban paranoicas, que estaban yendo por un camino equivocado y sin sustento (15). Mingo, al entrevistar y conversar con algunas de las estudiantes que comienzan a engrosar las filas de la AF, reconstruye un mapa que sitúa a nuevas agentes en la colectividad femenina. Esta geografía hace que se

4 Lesvy Berlín Rivera Osorio fue asesinada en la Ciudad Universitaria de la UNAM. Este funesto hecho fue paradigmático en la universidad y en México no solo por haber ocurrido en el campus principal de la universidad, sino porque en este se hacen visibles para el orden público los mecanismos de revictimización y de protección de la institución que desde el movimiento vigente de las jóvenes están siendo denunciados. Fue tras el eco social nacional e internacional, los modos organizados de activismo de las estudiantes, la participación de mujeres académicas y defensoras de los derechos humanos, y una intensa labor de búsqueda de justicia por parte de la madre, que el novio, finalmente y tras un intento de hacerlo parecer un suicidio, fue acusado por delito de feminicidio agravado. La ahorcó con el cable de un teléfono público en la universidad.

5 Secuestrada, violada y asesinada por un conductor de Cabify en la ciudad de Puebla en 2017, y cuyo caso causó la retirada del permiso de esta compañía para operar en ese estado y la promulgación para regular este tipo de servicios. En todo caso, estas acciones se debieron a una red de activismos en ciudades como las de México, Guadalajara y Monterrey, y posicionamientos de ONU Mujeres y ONU Derechos Humanos.

les puedan poner nombre a los desasosiegos, a los males y las inquietudes, pues las emociones machistas se *despegan* de los hechos, circulando ahora la rabia e indignación como agentes de contagio, por ejemplo en las noticias sobre actos de violencia que comienzan a subir a la superficie. De acuerdo con una de las participantes, todo sucedía en un “hervidero fascinante de rebeldías” (16).

Esta suma de fuerzas y estrategias desembocó en un paro y la toma de instalaciones un 4 de noviembre de 2020, el cual duraría ciento sesenta y tres días. Para Isabella Portilla (2020), reportera de *Corriente Alterna* de la UNAM, esta acción se suma a lo que se percibe como la cuarta oleada feminista en México, alcanzando mucha notoriedad en el mundo. Así, mientras las alumnas *sostenían el paro*, cerca de ochenta mil mujeres marcharon el 8 de marzo de 2020 en Ciudad de México. Al día siguiente,

cientos de miles, acaso millones de mujeres, se sumaron a una histórica huelga nacional. Según el **Sistema de Transporte Colectivo (STC)**, en el metro de la **Ciudad de México** se reportó una disminución de la afluencia de pasajeros en un 40 por ciento. La **Secretaría de Administración y Finanzas** informó que pararon 60 mil mujeres del gobierno capitalino. **José Manuel López Campos**, presidente de la **Confederación de Cámaras Nacionales de Comercio (Concanaco)**, dijo que “**Un Día Sin Mujeres**” generó un impacto económico por 30 mil millones de pesos: 15 por ciento más de lo que se tenía previsto. Ese día, las mujeres se quedaron en sus hogares, no recorrieron las calles, no asistieron a la escuela ni al trabajo. El 9 de marzo las ciudades lucieron semidesiertas. (s/p, negritas del original)

Mientras, las Mujeres Organizadas de la FFyL (MOFFyL) fueron construyendo una dimensión mucho más honda y de largo alcance. “¿Cuántas, cuántas son?: Varias, muchas”, expresa Portilla (2020), haciendo ver que esta no es la pregunta que había que hacerse. Más bien las inquietudes debieron mirar a lo que ahora es innegable, ese hablar *en colectiva*; en consenso y en comunidad. “Yo no entré al feminismo, el feminismo entró a mí”, dice una de las participantes en el estudio de Mingo (2020: 18). Esto significa ir de la culpa y el dolor a la sanación y reparación.

Daniela Cerva (2020) lleva a cabo una lectura que sitúa la suma y resonancia de las colectivas en el ámbito de los movimientos y organizaciones estudiantiles a partir de expresiones de innovación y originalidad. En la línea amplia que traza, enfocándose en el marco que va del 2014 al 2019, muestra cómo “las universidades mexicanas viven hoy en día un proceso de politización en torno a demandas feministas toda vez que las colectivas emplazan a las autoridades universitarias frente a la negligencia y la com-

plicidad contra los abusos y la violencia sexual” (139). Con esto, lo que Cervá expone es cómo la organización política de las colectivas provoca nuevas coyunturas, pues lo que distingue a este movimiento de las características distintivas de las organizaciones estudiantiles tradicionales en México es, precisamente, la violencia de género en los espacios educativos. Esta es la cara más visible de tal especificidad. Así, las colectivas se sitúan como un “nuevo actor político” que establece una relación de sincronía con la orquestación “global de posicionamiento político del feminismo en el mundo” (139).

Entre los argumentos que esta autora expone, están, igualmente, la puesta del acento en una notable diferenciación con la lógica de liderazgos masculinos en las organizaciones universitarias, de ahí que los medios y expresiones del activismo y protesta resulten tan dinámicos como sorprendentes y con un nivel de efectividad histórico. Como se argumenta en el siguiente apartado, desde una suma de acciones micropolíticas se ha logrado no solo hablar de la violencia sexual y sexista en los distintos ámbitos, sean académicos o de difusión, o incluso de un cambio de conciencia que comienza a notarse, aunque sea de manera incipiente, en los hombres, sino que se han conseguido cambios estructurales que han provocado —como reacciones emergentes—, entre otras cosas en la UNAM, la creación de la Coordinación para la Igualdad de Género (CIGU), transversal a todas las instancias de la universidad, el impulso de las antes llamadas Comisiones para la Equidad de Género, convertidas en Comisiones Internas para la Igualdad de Género —las CInIG—, órganos auxiliares a todas las facultades, centros e institutos de investigación, cuyo cometido es sensibilizar y difundir temas y problemas con perspectiva de género. Un año después, en algunas facultades, incluida la FFyL, se ponen en marcha asignaturas obligatorias en todos los programas y carreras.⁶

Para Cervá (2020) es importante pensar la posibilidad y acción de las colectivas por lo menos en dos ejes macro. El primero es la deriva, de más de cuarenta años, de la producción de conocimiento acerca de las *relaciones de género* y feminismos, como son cursos, seminarios, publicaciones, revistas, programas, tesis, redes y grupos de trabajo, etcétera. El otro, mucho más reciente, sería el de la implementación de acciones a favor de la igual-

6 Uno de los logros más palpables del movimiento de Mujeres Organizadas de la FFyL fue la creación de la asignatura Género, Violencia y Ética Comunitaria, materia transversal organizada por un claustro colegiado dinámico y diverso —sobre todo, de profesoras—.

dad de género y la no discriminación como política institucional. En este eje cabe predominar las investigaciones diagnósticas sobre las violencias en espacios de la universidad, así como instancias dedicadas a establecer normas o transformar las existentes (141). Con esto, lo que se pone sobre la mesa es el reconocimiento de privilegios, discriminación y violencias estructurales (141). Uno de los detonadores, se infiere, de la movilización de jóvenes estudiantes feministas estaría, justo, en un desfase entre uno y otro eje, por ejemplo, en términos de reglamentos específicos y capaces de lidiar con lógicas ancladas en la base sexista y de defensa de figuras —sobre todo, masculinas—, así como de la propia institución (141-142), de su nombre y prestigio. La revictimización, el entorpecimiento de denuncias, la manipulación y la desacreditación —las reglas no escritas pero tácitas que frenaban a la mayoría de las denuncias— terminaban por configurar un camino difícil y complejo por el cual era mejor no transitar, pues ahí las *tácticas emocionales* ocultaban no solo las prácticas, sino los efectos. Un cinismo afectivo actuaba sobre las alumnas: no te van a creer; piensa en cómo te vas a sentir si se hace público... Por ello es por lo que las colectivas expresan en voz alta el ir “¡Juntas!”.

III. Micropolítica y transformación

Pablo di Napoli (2021) aborda el activismo de las jóvenes en la UNAM llevando a cabo una genealogía que desemboca en estrategias y mecanismos digitales por parte de estudiantes del Colegio de Ciencias y Humanidades (CCH). En este trazo analiza, por un lado, literatura de especialistas que desde enfoques feministas abordan el referido popularmente como “tsunami feminista”.⁷ Para Di Napoli, el aspecto más representativo para abordar este movimiento estudiantil es la rápida incorporación masiva de mujeres estudiantes, pero también de mujeres jóvenes de sectores diversos y procedencias variadas que estarían *acuercando* las causas feministas (Cabnal en Di Napoli, 2021: 5), mostrando una faceta inédita de un movimiento inter y transgeneracional que impacta en lo social, lo cultural y lo político (Elizalde y Varela en Di Napoli, 2021: 5).

7 Además de Mingo y Moreno (2019), Mingo (2020) y Cerva (2020), cuyos trabajos precisamos aquí, esta doble vertiente histórica y situacional también la comparten Barreto (2017), Varela (2019) y Álvarez (2020), como lo muestra el marco de partida de Di Napoli.

El entendimiento y comprensión de la fuerza y naturaleza de las colectivas no está solo en la institución y el trabajo teórico o empírico realizado en las universidades, sino en los códigos expresivos —populares, digitales, transnacionales— que se ponen en marcha. Por ello, el nuevo espectro emocional de las estudiantes “¡Juntas!” también invade los espacios de interacción sociodigitales, los dinamiza. Para Di Napoli (2021), las jóvenes feministas conforman una nueva subjetividad epistémica cuya expresividad adquiere una fuerza magnificada en el espacio público mediante formas digitales pero también alternativas (6). Tal expresión se suma a la señalada desconfianza generacional hacia los mecanismos institucionales de toma de decisiones, poniéndose en marcha formas disruptivas de activismo. Tras las asambleas y manifestaciones en la UNAM, como la mencionada AF, y las movilizaciones alrededor del Nos Queremos Vivas, P. di Napoli reconstruye la visibilidad del movimiento feminista en la UNAM a partir de la creación de páginas de Facebook de colectivas feministas en la UNAM. En el periodo que va de 2014 a 2020, llegan a conformarse sesenta y uno de estos espacios y no solo como reflejos de la Ciudad Universitaria (CU) —campus central—, sino de las Facultades de Estudios Superiores (FES), los planteles de la Escuela Nacional Preparatoria (EPN) y los de los CCH. El autor resalta los nombres que estos espacios reciben como manifestaciones de *acuerpamiento* —Estudiantes Feministas Organizadas de CCH Sur, por ejemplo—, pero, más aún, la operatividad que estos espacios logran mediante objetivos como denunciar y visibilizar situaciones de violencia, concientizar acerca de la violencia de género, funcionar como espacios de contención y acompañamiento y fomentar la organización y lucha de las jóvenes que van sumándose (13).

En el trabajo de Di Napoli se vislumbra cómo la comunicación sociodigital les permite a las colectivas circular y amplificar los mensajes, conectar con un mayor número de estudiantes y compartir testimonios de violencia, así como *escrachar* a acosadores. Además, se difunden talleres, conversatorios, festivales, intervenciones artísticas o *pintas*, entre otras acciones que sirven como formas de socialización y aglutinación de emociones feministas. Se trata de un activismo *onlife* que permite convocar acciones de protesta contra el patriarcado, al mismo tiempo que se configuran formas colectivas y afectivas (Lara y Araiza en Di Napoli, 2021: 14).

Retomando a los tendereros en este momento del movimiento, sus modos incidentes de denuncia para Di Napoli (2021) funcionan en dos ejes. El primero es el que enlaza la vida real con la virtual, pues la convo-

ctoria se inicia a través de Internet y la actividad se realiza en un espacio físico concreto —la escuela— sobre una situación local —la violencia que sufren las estudiantes de determinado plantel—, para luego volver a las redes sociodigitales con el fin de obtener mayor visibilidad dentro de la comunidad (14-15). Esta relación entre los muros o pasillos de la institución y las interacciones dinámicas de lo digital permite una amplificación sin precedentes de nombres, formas y tipologías de acoso, abuso y violación. También, pensamos, reorienta la manera en que las emociones circulan y genera conexiones antes impensables —o *cortadas*—.

El segundo eje apunta a la subjetividad en construcción de las jóvenes. Es decir, por una parte, en estos espacios se construyen como sujetas *de* y *en* los feminismos, como ya lo viera Mingo (2020), pero también miran a compañeros —de clase o sentimentales—, a profesores y a trabajadores administrativos desde las formas de violencia sufridas por otras compañeras y mediante esas otras historias textualizadas. Para Magali Barreto, tales denuncias son parte de una estrategia para ser escuchadas y acceder a nuevas escalas de justicia frente a la falta de acción de las autoridades (en Di Napoli, 2021: 15). En esas nuevas escalas, entonces, no solo se identifican —y verbalizan— formas *leves*, digamos —comentarios, propuestas, miradas, roces... en ningún caso solicitados— y expresiones complejas y con efectos nefastos —una cita forzada, una imagen pornográfica, el uso de la fuerza o la amenaza, el intento o la consumación de un abuso o una violación—, sino que la propia idea de sí se ve transformada. Por eso las diferentes estudiosas refieren constantemente a nuevas subjetividades, con lo que el mundo de las interacciones afectivas y educativas no vuelve a ser el mismo. Ellas lo miran, nombran y organizan desde sus coordenadas. En este hablan en voz alta como sujetas *acuerpadas* y *emocionadas*.

IV. “Muerte al macho”. Mirar desde los mapas emocionales de las colectivas a las juventudes y violencias

Una de las pintas que apareció en las paredes externas de la FFyL, una de las más visibles a los ojos de CU, pues se encuentra de cara a las llamadas Islas,⁸ rezaba “¡Muerte al macho!”. Esta frase no es nueva. Es común verla en marchas y espacios feministas. La novedad, el acontecimiento, en este

8 Zona común de jardines y áreas de esparcimiento entre facultades y Rectoría de CU en la UNAM.

caso era el lugar y su tamaño. La consigna sacada de los 8M, y puesta con un efecto metonímico en los muros de la universidad, abre formas de circulación insólitas: ¿Quiénes hablan? ¿A quién o a quiénes? ¿Por qué? ¿Con qué fin? ¿La muerte, la venganza, la erradicación de *todos* los hombres y, por tanto, de la humanidad? ¿O la esclavitud de estos en un régimen distópico y *vuelto al revés*? Estas fueron reacciones —como emociones colectivas— que se escucharon en la voz del profesorado y alumnado, tanto en las interacciones reales como virtuales.

En todo caso, el mensaje que opera en el nivel básico del circuito comunicacional es desde el inicio innovador. Quienes hablan son las mujeres más jóvenes en un rango bajo de la jerarquía universitaria, social y cultural: las estudiantes. A quienes convocan, sin embargo, bien pueden ser personas de todos los estratos económicos y de prestigio, que en este caso se ven interpeladas por el sexo biológico —aunque no en todos los casos, pero sí de forma completamente desproporcionada como *varones*—, pero, más aún, por ideales y prácticas ligadas a la conocida como masculinidad —que, en su versión más tradicional y solapada con simbologías misóginas y prácticas sexistas, igualmente es mayoritariamente recurrida por hombres—. Es en este nivel, el de los sentidos y valores que se construyen a partir de la diferencia sexual y las relaciones entre géneros e intragéneros, que el mensaje adquiere una significación profunda y, a la vez, *antiadherente* y nuevamente *pegajosa*. Es por eso por lo que a la hora de leerla hay que dar dos o tres pasos atrás y meditar su complejidad antes de reaccionar: “¡Muerte al marchó!” significa, más allá de los afectos de ira o miedo, plantear la posibilidad de erradicar en la universidad las formas que sostienen una masculinidad violenta en términos sexistas y sexuales.

Al hablar de *reacción*, de lo que se está hablando, nuevamente, es de emociones. Frente a esta frase y otras surgidas del movimiento de las estudiantes, como aquella que podía leerse en diferentes muros de la universidad —“UNAM Feminicida”— o incluso una más reciente, la cual ha adquirido replicación por medio de los activismos digitales más allá de las fronteras, como “¡La heterosexualidad mata!”, una lectura literal solo lleva a la confrontación: qué hombres, *por el hecho de serlo* —y qué mujeres— sienten una amenaza directa, una afrenta, y como parte de qué instituciones —la educación, la universidad, el género, el sexo o la propia heterosexualidad—. De estas primeras emociones reactivas surgen muchas de las expresiones misóginas y sexistas identificadas por las investigaciones puestas en marcha para dimensionar y analizar el reciente *tsunami feminis-*

ta, por ejemplo: “Ellas también violentan”, “Los hombres morimos más”, “¡No todos somos violadores!”, “Son la generación de cristal; no aguantan como aguantamos nosotras”. Estas expresiones reactivas se aglomeran en ese lugar común que reza que el feminismo debería ser menos violento y más empático.

En este contexto, para Suely Rolnik (en Bardet, 2018)⁹ reflexionar sobre los “saberes del cuerpo” implica romper las emociones reactivas que impiden todo proceso de “germinación”, pues están constreñidas al ego, a la moral y a lo patriarcal. Más bien hay que situarse en las “emociones profundas”. Estas últimas trabajan como “fuerzas vitales”, ya que provocan nuevas “maneras de vivir” al afectar a los cuerpos y hacer que “resuenen entre sí” (115-116). Tal reverberación es la que emana de las colectivas feministas jóvenes, sin duda. La cuestión sería, en este caso, identificar —y provocar— réplicas en varones, en subjetividades sexodiversas, en adolescentes migrantes, desplazados, y en los cuerpos arrojados a los extremos de la violencia y la criminalidad.

¿Cómo superar, pues, los muros de la reacción? Por ejemplo, ese malestar, que en los estudios de los hombres y de la masculinidad es reconocido como la emoción común en una gran mayoría de varones a lo largo del planeta. Una incomodidad constante, tanto en lo individual como en lo colectivo (Azpiazu, 2015; Fabbri, 2021; Sanfélix y Téllez, 2021), que además deriva con enorme facilidad hacia el miedo, el desconcierto, la negación, el odio y la venganza. Es parte de lo que Michael Kimmel (2019) denomina un “agravio comparativo”, es decir, “la sensación de que aquellas ventajas a las que creías tener derecho te han sido arrebatadas por parte de fuerzas anónimas más amplias y poderosas” (14). Con la revolución emotiva de las estudiantes, de paso se sitúan en el centro de la representación las *grandes violencias*, como las culturas de violación, dinamizadas en los grupos digitales masculinistas¹⁰

9 En una entrevista que le realiza Marie Bardet (2018), “Excursus. ¿Cómo hacemos cuerpo? Entrevista con Suely Rolnik”, en el libro *8M Constelación feminista ¿Cuál es tu huelga? ¿Cuál es tu lucha?*

10 “Masculinismo México es un proyecto surgido de la mano de jóvenes universitarios de diferentes partes de la República Mexicana interesados en difundir las causas de Los Movimientos por los Derechos de los Hombres (Men Rights Movement) que han tomado fuerza en las últimas décadas en países como Inglaterra, EUA y la India” (*Masculinismo México*, s/f: s/p). Este texto está tomado de la presentación de su grupo de Facebook. Además, se agrega: “Espacio virtual Masculinista/MRA dedicado a difundir los problemas e injusticias que sufre el hombre en México y el mundo. Además de reflexiones y críticas de ideas provenientes de la Androsfera y el feminismo” (*Masculinismo México*, s/f: s/p.).